

# LA RECUPERACIÓN DEL SABER ENIGMÁTICO

Chantal Maillard, Universidad de Málaga  
cmaillard@uma.es

- 1.- El Yo y la persona.
- 2.- El vacío. La esfinge y la filosofía.
- 3.- El pensamiento auroral.
- 4.- La metáfora esencial.

- 1.- The "I" and the person.
- 2.- The emptiness. The Sphinx and Philosophy.
- 3.- The dawn's thought.
- 4.- The essential metaphor.

Hay, en *El sueño creador* de María Zambrano, unas páginas sumamente atractivas: las que conforman el breve capítulo titulado "La forma sueño". La reiterada lectura de estas páginas, nunca ha dejado de despertar en mí esa conciencia creadora que, al contacto con una metáfora bien trabada, construye comprensivamente nuestra interioridad. Una novela es una buena novela, decía Kundera, tan sólo si dice algo que no puede decirse de otra forma. Esto es cierto de cualquier obra de arte, pero puede igualmente aplicarse a las construcciones simbólicas. La explicación, en estos casos, suele estar de más.

No obstante, es legítimo invadir hermenéuticamente el ámbito, penetrar en él, caminar por él, adueñarse de él para asimilar su ritmo. Esto es lo que pretendo al presentar las notas que siguen: una lectura que invite el texto a reescribirse.

El texto se abre con una conclusión acerca del soñar:

"Soñar es ya despertar"<sup>1</sup>

y antes, ya, se aclaraba:

"Si los sueños no fuesen un despertar, un cierto modo de despertar, habrían pasado inadvertidos siempre, como quizá pasen inadvertidos todavía algunos aspectos de la vida humana en el mundo del sueño, bajo los sueños o, en la vigilia, del otro lado de las fronteras de la conciencia."<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> María Zambrano, *El sueño Creador*, Madrid, Turner, 1986, p.43.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

¿Cuáles son éstos confines o límites de la conciencia?

“hay un soñar que despierta la realidad aún dormida en los confines de la vigilia: en esa tierra donde la conciencia no se aventura; el espacio extraconsciente, en cuya frontera la atención acude sin ser notada, extremando su vigilancia; fronteras de seguridad que el “yo” establece desde su soberanía. Ya que el modo de vivir, de estar en la vida el hombre —éste que conocemos y se nos impone— parece reproducir la situación, leyes y hábitos de una plaza fuerte sitiada: en el centro un soberano tan implacable como vulnerable, que tal parece ser la ecuación. Emisarios subordinados y a menudo clandestinos transmiten órdenes hacia las murallas que defienden lo que se llama persona, el “ser” entendido como toma de posesión de la realidad, ante todo de un espacio y de un tiempo. Y de esta muralla que encierra un espacio y un tiempo homogeneizados, la atención, el más continuo de los subordinados, mira el horizonte, transformándolo en frontera.”<sup>3</sup>

Hasta aquí, la descripción es visual: un espacio amurallado —el consciente— rodeado de espacio extraconsciente; el Yo, en el centro del espacio consciente, reina como soberano implacable y vulnerable. Implacable *porque* vulnerable, pues es sabido que la rigidez de quien ostenta el poder, y el uso despótico que haga de él encubren un estado de vulnerabilidad: no necesita hacer uso de la fuerza aquél que no teme a nada, y el temor adviene cuando no se quiere que algo se modifique, cuando podemos perder lo que tenemos o lo que somos, lo que creemos ser. Habría que preguntarse, entonces, ¿qué teme perder el soberano yo para actuar de manera tan implacable?

Su espacio está rodeado de murallas hacia las que envía sus órdenes, dice Zambrano, y las murallas defienden lo que acostumbramos a llamar “persona” (veremos que el modo en que Z. entiende la “persona” es muy distinto de éste) o el “ser”, entendido como toma de posesión de la realidad. Las murallas defienden por tanto al yo con su posesión: la realidad, que para ser poseída ha de situarse en un espacio y un tiempo homogeneizados, esto es, un tiempo y un espacio que, además de corresponderse mutuamente, pueden ser transitados porque no cambian, porque pueden recorrerse una y otra vez sin temor a que lo que encierran: las calles, el suelo, el cielo, los entes, hayan cambiado de sitio o de textura. El soberano yo defiende su “modo de vida”, su “modo de estar en la vida”: el poder de reconocimiento que permite el asentamiento y también la posesión. Pues no se puede poseer algo que no se repita de algún modo; lo esencialmente mutable permanece siempre des-conocido, y por ello no puede ser poseído: sólo puede ser poseído aquello que puede ser nombrado.

Más que “ser”, noción que los griegos entendieron como “lo que está siendo” (to ontos), esta realidad asentada y defendida habría de designarse como “lo que hay”, pensando en la expresión popular “esto es lo que hay”, siempre seguida implícita o tácitamente por “lo tomas o lo dejas...”, es decir: la realidad entendida como aquello que hemos dado por bueno y a lo que hay que atenerse. Tal realidad es, por supuesto, de algún modo, una imposición, un acto de poder, y como tal necesita de la acción coercitiva y defensora de un gobernante que “vele por la seguridad del Estado”, pues, en efecto, esta realidad

<sup>3</sup> Ibidem.

ha de ser entendida más que nada como un “estado de cosas”, el que la conciencia, la vigilante conciencia establece.

Sobre las murallas, entre el espacio consciente y el extraconsciente, el más fiel de los subordinados, la atención, vigila constantemente. Mira el horizonte y lo transforma en frontera. El muy importante cometido de la atención es descrito en el texto a continuación:

“Y la atención, la que vigila con toda la fuerza que de su soberano emana, no ejerce un simple observar, ese que permite descubrir la realidad o la irrealidad en el modo que más peculiar le sea. La atención erige una barrera, provista como está de conceptos, juicios y, bajo y sobre ellos, de un espacio-tiempo establecido, permanentemente válido. La vigilia de la atención así armada, antes que observar, rechaza, condena. Y por ello sólo las realidades que se acuerdan con las exigencias de esta vigilante atención pueden en principio penetrar así en el recinto de la visibilidad.”<sup>4</sup>

La atención pues, que siempre habrá de acompañar a la conciencia, en todos sus grados, está aquí armada de conceptos y de juicios mediante los cuales rechazará todo aquello que, proviniendo del espacio exterior, pudiera hacerse visible –atravesar el horizonte de visibilidad– y poner en peligro el *Estado*, y al propio Yo por tanto.

No obstante, –y he aquí el punto clave de la cuestión–:

“Si una tal vigilia se cumpliera a la perfección, el sujeto soberano pasaría su vida en estado de sueño.”<sup>5</sup>

Decir esto es como afirmar que la vulnerabilidad del Yo es necesaria, y más aún: que el soberano ha de ser vulnerado, que a pesar de su empeño en defender las murallas, su *estado* habrá de ser invadido una y otra vez y él habrá de ser herido, aunque no de muerte. Será preciso que en las murallas se abran brechas por las que algo del espacio extraconsciente pueda penetrar y así, enfrentado a lo extraño, el sujeto habrá de despertar, una y otra vez.

De no ser así, dice Zambrano, el sujeto permanecería en una situación de actividad aparente, “su actividad sería un simple estado, y su vivir, por tanto, un estar en la vida sin más, al modo de un alga en el mar, según creemos que el alga está desde la orilla de lo humano.”<sup>6</sup> Su medio, el espacio-tiempo de la conciencia, lo envolvería, lo encerraría en su totalidad. Su situación no sería de libertad sino de pasividad, como en los sueños.

Curiosamente, de este sueño de la vigilia, el sujeto ha de despertar en virtud de otro sueño, y no de su argumento, no del contenido del sueño, sino de la presentación del sueño mismo: la “forma sueño”, un abrirse el sujeto a otro tiempo, otro modo de estar en la vida.

Para la correcta comprensión del tema que nos ocupa, será preciso hacer una puntualización con respecto a la distinción que Zambrano establece entre distintos tipos de sueño: *Los sueños de la psique* (sueños de *orexis* y sueños de *obstáculo* principalmente)

<sup>4</sup> *Ibidem* pp. 43-44.

<sup>5</sup> *Ibidem* p.44.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

que corresponden a la atemporalidad de la psique (arquitectura en ruina) y los *sueños de la persona*, también llamados *sueños de finalidad* o *sueños reales*, que son los que procuran la visión necesaria para el despertar y que suelen tener lugar durante la vigilia.

La “fenomenología de la forma sueño” (tal es la expresión con que la propia Zambrano designó sus investigaciones acerca de los sueños), va encaminada a responder a la cuestión de la realización o creación de la persona. Las mejores reflexiones de la autora acerca de la estructura de la persona forman parte de sus trabajos sobre los sueños. Lo dice claramente en *El sueño creador*: el hombre ha de ir haciéndose, ha de seguir naciendo a lo largo de su vida, ha de “establecer el proceso de integración de la persona en su propio ser hasta llegar a la libertad, y el progresivo conocimiento de sí mismo, a la posesión del espacio interior”<sup>7</sup>.

Esta integración de la persona, podría describirse de muchas maneras, una de ellas: el logro de la armonía de sus múltiples tiempos (tiempo de la psique, tiempo de la conciencia y tiempo de la persona), la unificación de estos tiempos y el acuerdo de sus posibilidades de ser, mediante el cumplimiento de un proceso de sucesivos despertares, una cadena, por tanto, ininterrumpida, de estados de sueño y despertares. Y aunque el sujeto puede negarse a ello, “negarse a despertar junto con su ser”, lo que parece indudable es que está llamado a ello, está llamada la persona a cumplirse como tal, despertando, desde el momento en que nace a la vida, pues nacer, piensa Zambrano, es ya despertar de un sueño inicial.

No voy a extenderme aquí en la exposición de la fenomenología zambraniana de los sueños<sup>8</sup>. Lo que quiero resaltar aquí es la necesidad de esta vulnerabilidad del yo, y la importancia de esta idea con respecto a cómo es entendido el desarrollo de la conciencia o la realización personal, tanto por Zambrano como en las diversas tradiciones que han elaborado un sistema de autoconocimiento relacionado con una doctrina escatológica, alguna de las cuales Zambrano tenía conocimiento a través de la lectura exhaustiva de autores como René Guénon, Henri Corbin, Massignon, además de Jung, por supuesto.

Trataré primero de acotar lo más brevemente posible la significación de ese Yo en los escritos de Zambrano.

### 1.- *El Yo y la persona.*

Lo primero que hemos de tener claro es que el Yo es conciencia y que el estado de vigilia es su ámbito, su plaza fuerte. La función del Yo es la edificación; el Yo-conciencia edifica la realidad ordenando las vivencias en el tiempo. Sin embargo, la conciencia no viene dada, toda ella, con el nacimiento. La conciencia es “algo creado por el sujeto, ganado por él y que procede, en cuanto acto del sujeto y en cuanto a estructura dependiente, del contacto con la realidad en la cual ha de vivir.”<sup>9</sup> La conciencia no es el sujeto todo entero; algo hay en el sujeto que no es el Yo-conciencia. Algo del sujeto crea la conciencia; ese algo es voluntad. Y la voluntad le corresponde a lo que entiende Zambrano por “persona”. La persona es el sujeto ético, capaz de acción esencial, creadora. Ese sujeto

<sup>7</sup> Ibídem pp. 27-28.

<sup>8</sup> Para este tema, cf. Ch. Maillard, *La creación por la metáfora*, Barcelona, Anthropos, 1992.

<sup>9</sup> María Zambrano, *Los sueños y el tiempo*, Siruela, Madrid, 1992, p.90.

actuante, o persona, crea la conciencia al actuar en la vida —en su vida—, como bien dice Zambrano, en contacto con la realidad en la que ha de vivir. La conciencia sería, pues, algo así como el resultado del vivir, el resultado de este “habérsela con la realidad” que no es sino aquello que le resiste al sujeto, aunque, paradójicamente, se trata de un resultado igualmente actuante, pues es creadora, también, la conciencia, de esta realidad circundante. No habría, en efecto, nada que pudiese llamarse “realidad” de no haber conciencia, alguna conciencia; sólo habría vida, la vida en su fluir.

La persona pues, es el sujeto-voluntad que al actuar crea la conciencia y, al hacerlo, se hace también a sí mismo como persona ya que la persona está siempre en proceso.

En el estado de sueño, entendido en los dos sentidos, literal y metafórico, el sujeto no actúa, sino que es actuado; consecuentemente, la conciencia se debilita y el Yo pierde su lugar habitual y se enajena. La conciencia se torna entonces conciencia del sueño, pero no conciencia del sujeto que sueña y toma conciencia de su sueño —que esto ya sería un despertar—, sino conciencia perteneciente al sueño, conciencia del personaje soñado.

Puede ocurrir que durante el sueño surja la conciencia de la vigilia; en ese caso, el estado de sueño disminuye y el Yo enajenado aparece entonces como tal ante su propia conciencia y asiste, impotente, al desarrollo de su sueño. Este es el instante temible en que el Yo sufre una herida, es aquel en que la ambigüedad propia del sueño se muestra plenamente: las imágenes, aunque familiares, aparecen rodeadas de un halo extraño, como si pertenecieran a otro mundo, y se movieran en un espacio-tiempo diferente. Esta ambigüedad, cuando se hace notar, es un acto de conciencia, y es señal de que, aún en el sueño, la conciencia no ha abandonado al Yo, sino todo lo contrario: la conciencia le asiste y es por ello que se encuentra, un poco desde fuera, contemplando el juego de sus enmascaramientos. El Yo, privado de su libertad, incapaz de decidir acerca de su destino, se convierte —es convertido a la fuerza— en espectador de su propia farsa. La tragedia de la conciencia consiste en esto: estar obligada a comprobar su impotencia en situaciones en las que, por naturaleza, debería tomar parte actuando libremente, decidiendo. En ese instante, el Yo se queda en suspenso, y se provoca un despertar.

Cuando la conciencia asiste claramente al sueño, la única acción posible es un despertar. Pero mientras no tenga lugar este despertar, el Yo se encuentra como en un vacío; arrojado de su lugar propio, el Yo queda como suspendido, como el arcano del ahorcado, o colgado, del Tarot, que aparece suspendido por una extremidad, trabadas las manos, en un lugar de nadie, entre cielo y tierra, indefenso, esperando la Muerte: el arcano siguiente, pues únicamente ella puede liberarle; únicamente la terminación radical de una situación o de un estado de conciencia, puede dar paso a una situación distinta: la muerte procura el despertar y al hacerlo, le devuelve al sujeto su lugar, su propio lugar: su centro.

En la vigilia, dice Zambrano<sup>10</sup> esta situación de total suspenso adviene cuando el sujeto descubre que su vida se ha erigido sobre un error; se trata entonces de un despertar (de un despertar *de* la conciencia, no *a* la conciencia como en los sueños). El Yo, entonces, se encuentra desprovisto de recursos, con un pasado inservible y un futuro por hacer.

<sup>10</sup> María Zambrano, *Los sueños y el tiempo*, op. cit. p.94

## 2.- El vacío. La esfinge y la filosofía.

Puede que la persona esté destinada a trascenderse, o a trascender padeciendo sus despertares, o sea, que esté en perpetuo proyecto, encaminada hacia una finalidad, pero el pensamiento, aún estando en perpetuo movimiento, no siempre responde a ese destino. El ir y venir de la mente no es trascendencia sino tránsito, actividad, que no acción esencial o creadora; ella va y viene –transita– conforme a sus personajes y en ellos, en cada uno de sus personajes, se enajena; a cada uno de ellos, sucesivamente, les llama “Yo”.

En este transitar del pensamiento, el sujeto necesita de un momento de vacío “para que su pensamiento nazca, heroicamente, como en un sacrificio, al trascender verdadero”<sup>11</sup>. Este vacío puede sobrevenir al menos de dos maneras: a) cuando en la vigilia se queda la conciencia en suspenso, esos momentos en los que la realidad, la cotidiana, habitual, desaparece, y nos quedamos “en blanco”. Estos instantes son la brecha abierta en la muralla, y el sujeto, todo él, es transportado a un espacio-tiempo desconocido. Tal vacío no es pretendido; surge como surgen los sueños, suavemente; b) cuando la conciencia se abre ante la pregunta enigmática.

En *Notas de un método*<sup>12</sup>, Zambrano establece la diferencia entre dos especies de preguntas, las cuales han dado origen, una a lo que se ha llamado sabiduría tradicional, la otra a la filosofía. Las preguntas de la sabiduría o saber de experiencia tienen ya respuesta, y esto es lo que las distingue de las preguntas filosóficas; no van en busca de lo que no se sabe, incluso suele ser al contrario: es la presencia de una respuesta lo que suscita la pregunta. Por ello, todo saber de experiencia suele tener enigmas que son respuestas disfrazadas de preguntas; un enigma, dice Zambrano<sup>13</sup> es una respuesta que está jugando al escondite dentro de la pregunta, y “la pregunta no la dirige el ignorante al sabio, el que apetece saber al que sabe ya, sino a la inversa: el que ya sabe al que todavía no”<sup>14</sup>. El enigma contiene la palabra del destino, y suele ser la vida misma la que presenta el enigma, ese en el que se contiene “la cifra y la palabra del destino”<sup>15</sup>. Aprender, en estos casos, significa a) familiarizarse con el enigma, y b) descifrarlo, mientras que enseñar sería simplemente presentar el enigma. Que la vida nos enseña quiere decir que nos presenta enigmas, piezas que habremos de ir engarzando, “pistas”.

Pero lo más importante es que el desciframiento de un enigma requiere una actitud especial: el corazón tiene que estar presente y permanecer dueño de sí. La pregunta podrá sorprender, pero el sujeto habrá de permanecer tranquilo, a solas con la pregunta y sin esforzarse por salir de ella: “hay que sostenerse en ese vacío de la mente con un corazón firme. Y entonces, sólo entonces, es cuando aflora la respuesta.”<sup>16</sup>

Este vacío de la mente es una detención de su transitar, una suspensión del tiempo. Entre la pregunta y la respuesta el tiempo ha de suspenderse. Ha de haber un instante vacío que le permite al corazón presentarse, asistir pues, piensa Zambrano, la persona

<sup>11</sup> María Zambrano, *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 79.

<sup>12</sup> *Ibidem* pp. 109-111.

<sup>13</sup> *Ibidem* p. 110.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

toda entera debe dar respuesta, y sin la asistencia del corazón la persona no está del todo presente. El sujeto deberá aprender “a sostenerse con el corazón, a solas con su corazón, sobre el momentáneo vacío de la mente, ante las situaciones enigmáticas que la vida se cuidará de irle presentando.”<sup>17</sup>

La otra pregunta, la filosófica, es la que el hombre se hace a sí mismo, “a solas consigo mismo: en un vacío sin sobresalto pero aún mayor.”<sup>18</sup> Ciertamente, en estas preguntas siempre queda algún residuo del otro preguntar, de estas situaciones enigmáticas que la vida presenta, pero parece que no haya esfinge que tenga de antemano la solución y nos la presente a modo de adivinanza, nadie pregunta que conozca la respuesta, sino que es el hombre mismo, el indagador, el que busca y a ciegas formula las preguntas sin saber siquiera si existirá alguna respuesta.

Lo que María Zambrano trató de hacer fue procurar una síntesis entre estos dos modos de preguntar, hallar un método para que, en tiempos de desesperanza filosófica, se recupere el saber enigmático. La razón-poética, el método por ella propuesto para guiar a la persona en su proceso ontológico es ante todo un saber de experiencia que implica la práctica de la suspensión del transitar de la mente y la asistencia del corazón.

### 3.- *El pensamiento auroral.*

La razón-poética es, por la actitud requerida, un pensamiento auroral; más que un pensamiento, o menos tal vez: una mirada auroral, una a-sistencia: un ponerse o detenerse al lado de, un estar-ahí, de pie, dispuesto, atento. Dispuesto a ver, dispuesto a despertar, dispuesto a comprender la íntima estructura de aquello –llamado ser– con lo que anduvimos hasta ahí, el peso que ha de ser enfrentado –puesto frente– a la conciencia lúcida.

“Tiene la mirada que sale de la noche [mirada auroral] una disponibilidad pura y entera, pues que no hay en ella sombra de avidez.”<sup>19</sup>

Es un mirar abierto que no pretende “captar”, esto es, establecer conceptos que coagulen la realidad. La mirada auroral no pretende apoderarse del mundo. En realidad le sería imposible la acción conceptual, pues ésta requiere un reconocimiento, un pasado al que recurrir para realizar la síntesis, y la que sale de la noche es mirada nueva, apenas despierta, sin memoria aún, capaz de aprehender el instante, aunque no el tiempo. Es mirada libre (el concepto es un tirano, dice Zambrano<sup>20</sup>, pues con el cebo del conocimiento somete la libertad), que surge al par que la propia visibilidad.

La labor descriptiva de Zambrano en *De la aurora* es un ejemplo inmejorable de razón-poética: a la vez que va abriendo un lugar de visión (para sí misma), va estableciendo las pautas del método. Y es que la aurora es el símbolo elegido para el transitar de la palabra hacia la trascendencia por la palabra, pero es también el símbolo de ese modo de hacer con la palabra al que igualmente describe. El conocimiento auroral es ya casi razón-poética:

<sup>17</sup> *Ibíd.* p.111.

<sup>18</sup> *Ibíd.*

<sup>19</sup> María Zambrano, *De la aurora*, Madrid, Turner, 1986, p. 35.

<sup>20</sup> *Ibíd.*

un modo de razón en el que *la atención funcionaría a modo de visión poética, y la propia razón actuaría al modo de la luz*.<sup>21</sup> En este nuevo tipo de razón la atención actuaría no ya como vigilante, sino como disposición para la visión, y la razón, por su parte, actuaría despertando: como poder ascendente, tensión emergente, amor -la razón-poética es razón enamorada.

*Visión poética*: como el saber tradicional, la razón-poética es saber poético porque es ante todo respuesta, saber que surge de un enigma tal vez, pero sobre todo de un misterio. Y los misterios se desvelan tan sólo un instante, para seguidamente re-velarse. Toda revelación es un encubrimiento. A los elementos últimos –o primarios, constitutivos– no les corresponde ninguna expresión verbal porque toda palabra ha surgido para la comunicación de algo tangible. Por ello, todo discurso acerca de lo primordial es metáfora. La “palabra original”, la “palabra perdida”, el “*logos*” son formas de indicar poéticamente lo que subyace. Y así, la visión poética es visión esencial, la palabra poética es re-velación.

Pero es poéticamente que Zambrano habla del conocimiento poético que ella propone; en él, dice, *la razón actuaría al modo de la luz*, esto es, rodeando las tinieblas y penetrando en ellas *como una sierpe*. Analicemos brevemente la carga simbólica de esta frase:

*La luz*: polo de una dualidad. La luz y las tinieblas son símbolos harto conocidos y utilizados por todas las tradiciones como dualidad primera y fundante de la vida humana: el día y la noche, la vigilia y el sueño, la visión y la ignorancia, la vida y la muerte, lo claro y lo confuso, el bien y el mal, el acierto y el error, el cielo y el infierno, etc. Los caminos que van de uno a otro son descritos como ascendente y descendente. A estos dos “mundos” contrarios, se les añade, normalmente, un tercero, el intermedio, el “medio” propio de lo humano. Los tres mundos, –superior, intermedio e inferior, (paraíso-tierra-infierno; espíritu-mente-cuerpo; o en terminología zambraniana: persona(destino)-conciencia-psíquico(inferos), etc.,) se mantienen unidos por un eje o, en su caso, por un punto, que es el *centro* cósmico, otro de los grandes símbolos tradicionales utilizado por Zambrano. En la geografía mítica, el centro es un lugar sagrado, también denominado “espacio real”<sup>22</sup>, siendo así que lo real no pertenece a ninguno de los planos en particular sin por ello dejar de pertenecer a todos ellos. Punto de intersección, pues, entre los tres mundos, punto de unión como lo es del organismo el corazón humano<sup>23</sup>, metáfora ésta del amor también, la fuerza que unifica o que es, en sí misma deseo de unidad y que, vivido trágicamente, se convierte en dolor. El corazón es, así, para Zambrano, el vaso del dolor que se derrama y que ha de apurar la persona para ser ella, toda entera, con su razón.<sup>24</sup>

Con su razón: esa que en la razón-poética actuará al modo de la luz, *como una sierpe*, “que la luz puede, ella también, actuar como sierpe, y en grado eminente en el reino oscuro del amor.”<sup>25</sup> En las tradiciones tántricas de la India, también el corazón (*anahata*) es centro, pero no el único. Los centros místicos no son centros geométricos, y no necesariamente ha de haber un único centro. De hecho, se describen siete centros o círculos (*chakra*) de energía sutil situados en el cuerpo humano, a lo largo de la columna vertebral

<sup>21</sup> Cf. *Ibidem* p.26.

<sup>22</sup> Cf. Mircea Eliade, *Imágenes y símbolos*, Madrid, Taurus, p.43.

<sup>23</sup> María Zambrano, Cf. “La metáfora del corazón” en *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1997.

<sup>24</sup> *Ibidem* p.75.

<sup>25</sup> María Zambrano, *De la aurora*, op. cit., p.26.

los cinco primeros, en el entrecejo el sexto y en la coronilla el último. El adepto habrá de vitalizar, siguiendo una prácticas determinadas, cada uno de estos centro despertando la energía enroscada “como una serpiente” en la base de la columna, y haciéndola ascender controladamente hacia las zonas superiores. *Kundalini*, la serpiente de luz, despertará las potencialidades del ser al tiempo que dispondrá la persona para la íntima comprensión de su ser propio y del universo.

Razón, pues, pero razón-poética, que ha de despertar mediante el amor, esa tensión emergente que, generada en principio por la presencia de un objeto de deseo, habrá de ser guiada luego con cuidado: el aprendizaje consiste en saber abrir los canales y no obstaculizar el paso de la luz. Tal razón es “un modo de atender que embarga y posee al sujeto en el que anida, tal como el amor, y como el mismísimo amor es escala, peligrosa por invisible casi siempre, que ha de recorrerse hasta el final para llegar a la razón, a ser movida por ella, siendo al mismo tiempo lo que toda pasividad anhela, servir sin dejar de ser”<sup>26</sup> No se trata, pues, de un conocimiento posesivo que fuerce la realidad solidificarse en “verdades”, sino aapertura (el *claro*) del lugar de visibilidad donde pueda, esa realidad, asentarse sin ser apresada, a modo de totalidad efímera, el don de lo efímero siendo precisamente el de la visión. A esa realidad que se ofrece es a lo que Zambrano llama “verdad regalada”.

Así pues, la aurora, que lo es también del ser como despertar, se nos aparece, dice Zambrano<sup>27</sup> “como la *fysis* misma de la razón poética”: su esencia, su *arjé*, su surgimiento, que éste era el sentido de la *fysis* griega: surgir, brotar; la aurora es razón-poética en estado naciente, el instante de la desvelación, antes de la palabra. El recorrido con la palabra habrá de realizarse, luego, en el ámbito de la imaginación creadora: metafóricamente. Y en ello consistirá la acción esencial, ética, en la que la persona -el sujeto proyectado que asume su finalidad- se cumple<sup>28</sup>.

#### 4.- La metáfora esencial.

En esta hermenéusis personal, la acción metafórica se propone como vía para la creación de la persona, pues tal es la función y el poder de la metáfora: la unificación de los distintos tiempos del sujeto para la conciencia. Por ello escribe Zambrano:

“La aurora ha visitado los tres mundos tradicionales. Ninguna acción verdadera trascendente se cumple sólo en uno de esos mundos o planos donde en verdad la vida humana se da. Y de ahí ha de venir la necesidad de la metáfora esencial. Si la piedra es sólo esta piedra que veo, si mi ver no la mira trasponiéndola en algo que está bajo ella, en algo que la soporta y la oprime, en algo que imprevisiblemente, en un movimiento ascensional, la hace templo, copa del cielo, el hombre, y aun quizá todo lo viviente, se queda sin lugar.”<sup>29</sup>

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> *Ibidem* p.30.

<sup>28</sup> Cf. Ch. Maillard, *op. cit.*, *passim*.

<sup>29</sup> María Zambrano, *De la aurora, op.cit.*, p.50.

La acción trascendente del ser humano es metáfora esencial: transformación de la materia, traducción de los seres según el tiempo de los mundos. Esta es la acción esencial, una hermenéusis que establece el vínculo entre los distintos estados por los que el hombre pasa, los mundos en los que la vida se da. Acción esencial es acción comprensiva de la vida humana en sus tres planos: el plano del tiempo y de la conciencia –de la libertad, en que el sujeto decide–, el plano de abajo –los inferos, la atemporalidad de la psique–, y el de arriba la atemporalidad superior del espíritu y del destino.

Para concluir, sería conveniente volver a considerar ahora el Yo soberano y su vulnerabilidad.

El ímpetu ascensional –trascendente– del hombre hunde sus raíces en el sueño, ese que inicialmente es el vivir del hombre<sup>30</sup>, pero no podría lograr su ejercicio si no fuera porque ese sueño-realidad es, por alguna parte, poco resistente. Es preciso que el sueño se desvanezca, y para ello, que se dé un desprendimiento: que el yo se desprenda de ese “sí mismo” afirmado en el personaje. La flaqueza del yo se mide por el grado de su adherencia al personaje.

En el carácter vulnerable del yo zambraniano estriba precisamente su fuerza, pues esto es lo que le permite introducirse en los dominios de la alquimia para la transmutación de la conciencia en sus distintos niveles. Si el Yo no tuviese ninguna debilidad se asfixiaría después de haber asfixiado él mismo a la persona en su posibilidad, o bien habría que matarlo, tal como proponen no pocas tradiciones místicas y esotéricas. Pues en efecto, el Yo, entendido ya sea como cuerpo del deseo (voluntad personal posesiva), ya sea como juicio (inteligencia discriminadora), ha sido considerado tradicionalmente como el mayor impedimento para la visión esencial. La anulación de este deseo de apropiación física y mental de la realidad es, pues, requisito prioritario para la evolución espiritual. El Yo zambraniano, en cambio, debe marchar *vivo*, a través de las sucesivas enajenaciones (sueños) de la conciencia, de los sucesivos desprendimientos o despertares, transmutando progresivamente lo vivido para integrarlo en el futuro. El destino ha de cumplirse sobre las huellas del pasado. Y todo ello ha de hacerlo el sujeto asistiéndole la conciencia.

De no ser así, el trascender no sería acción hermenéutica, y todo lo dicho aquí, hasta ahora, desgraciadamente, no tendría sentido.

Chantal Maillard  
Universidad de Málaga  
Facultad de Filosofía y Letras  
Tlf. 952133432

<sup>30</sup> María Zambrano, *Persona y democracia*, Barcelona, Anthropos, 1988, p.69.